

IV. Textos

Las zonas mineras españolas a finales del XIX¹

María Antonia López-Burgos²

BIBLID [0213-7525 (2003); 65; 277-315]

PRESENTACIÓN

Jugh James Rose, capellán de las compañías mineras inglesas, francesas y alemanas de Linares, es el autor de la obra *Untrodden Spain and her black country being sketches of the life and character of the Spaniard of the interior* publicada en dos volúmenes en Londres en 1875. De él sabemos que ejerció como capellán del ejército en Dover y que desde 1873 a 1875 estuvo en Linares, pasando con posterioridad a Jerez y Cádiz. Alto y con el cabello y ojos oscuros tenía aspecto de español. Fue corresponsal de *The Times* ocupándose de asuntos sociales españoles. En 1877 publicó otra obra sobre España titulada *Among the Spanish People* en la que recoge sus experiencias de viaje mientras convivía con los campesinos cuya forma de hablar había aprendido. En 1876 volvió a Inglaterra delicado de salud, donde murió dos años más tarde.

Jugh James Rose apunta que algunos de los relatos que ofrece en su libro ya habían sido publicados en *Macmillan's Magazine* simplemente como una colección de notas o cartas escritas durante el caluroso verano de 1873 y que fue a instancias de un amigo cuando se decidió a recopilar y a seleccionar sus artículos y enviarlos

1. El texto seleccionado corresponde a tres capítulos de la obra *Untrodden Spain and Her Black Country* de los que ofrezco una traducción literal con la intención de mantener el estilo narrativo del autor, si bien, en algunas ocasiones he tenido que separarme levemente del texto original para que sea comprensible en español. En otros casos he recurrido a utilizar términos españoles, i.e, calañés, alpargatas, abarcas, chambergo etc... que equivalen a lo que el autor ve pero que no corresponde exactamente a lo que dice en inglés. En cuanto a los términos científicos o médicos utilizados como pueden ser quelantes, graminias cespitosas, planta salsola, ícticos, febrífugos, irritantes, etc.. o a nombres de enfermedades, plumbismo, cólico del plomo etc... me he ceñido al texto original, haciendo que el concepto domine sobre la palabra, y aunque he intentado mantener los términos arcaicos o completamente equivalentes utilizados en inglés por el autor, no siempre ha sido posible.
2. Doctora en Filología inglesa y licenciada en Geografía. Profesora Titular de Inglés para fines específicos en la Universidad de Granada ha centrado su labor investigadora en el estudio de la literatura de viajes sobre España escrita por ingleses y norteamericanos en los siglos XIX y XX.

al editor de la revista, quien los recibió de muy buen grado, si bien el autor es consciente de que están escritos de una forma sencilla, sin ningún tipo de pretensión de belleza en cuanto a lenguaje o estilo, con la única intención de relatar sus experiencias entre las gentes sencillas de las zonas del interior, «donde, tanto el vino como el chiste le resultan ásperos al paladar, pero donde el español, ya sea caballero o campesino siempre es agradable, generoso y siempre está dispuesto a ayudar al extranjero en su trabajo»

Jugh James Rose antes de publicar esta colección de artículos dice que los envió para su revisión a un inglés que había vivido en España durante veinte años y que éste le dijo: «Son realmente muy verídicos».

Fueron muchas las razones que hicieron que este capellán inglés aceptara una oferta de empleo en un distrito minero del interior de España y que por consiguiente comprara un pasaje en el barco de vapor de nombre "Lisboa" hasta Gibraltar, el puerto más cercano.

Una de estas razones fue su deseo de ver otras tierras y conocer otras gentes. España aparecía en todos los periódicos ingleses como una tierra en la que reinaba la anarquía, los derramamientos de sangre y la agitación. Pero, quizás, esto sólo servía para incrementar el deseo de visitarla, «tierra de bailes y coplas, la tierra del olivo y la vid, la tierra donde desde 711 a.D. al 1492 las costumbres paganas, cristianas, árabes y españolas convivieron unas al lado de otras, la tierra de los calores tropicales y de las nieves perpetuas de Sierra Nevada, de todo aquello que el corazón ha deseado ver desde siempre y que ahora tenía la posibilidad de hacerlo». Otra razón que apunta es que Inglaterra en lo que se refiere a posibilidades profesionales estaba saturada, «vete al extranjero y si Dios quiere que tu salud aguante el clima, al menos tendrás trabajo y ganarás más dinero, y sobre todo, experiencia».

Así pues, embarcó en Shadwell Basin el 21 de junio de 1873 y llegó a Gibraltar el 30 del mismo mes después de una escala en Lisboa, continuando al día siguiente rumbo a Málaga. En Gibraltar le habían dicho que no se le ocurriera volver a Cádiz ya que habían cortado la comunicación y que la ciudad estaba en «estado de sitio», Málaga no estaba mucho mejor. Desde Málaga, donde dos mil voluntarios malagueños, mal armados y que tenían intención de proclamar la independencia de Sevilla, habían entrado en la ciudad precedidos por su banda y sus cuatro cañones Jugh James Rose prosiguió viaje a Córdoba sin dilación, pasando por Álora hasta Linares, donde dice que al llegar lo que más le sorprendió al principio era el terrible estado en el que se encontraban las calles: «no están pavimentadas pero en alguna época de la antigüedad fueron «empedradas» con grandes piedras, muchas de las cuales se han desprendido dejando agujeros de un pie de profundidad».

LAS ZONAS MINERAS ESPAÑOLAS.

LA MINERÍA DEL PLOMO EN LINARES EN LA DÉCADA DE 1870

“Es mi intención en esta parte presentarle al lector las minas y los mineros de España; una parte del país y los aspectos de su carácter tan poco conocidos, que estos capítulos (en los que abundarán las anécdotas extrañas y la exposición de hechos que hasta la fecha no han sido descritos, extraídos del trato cotidiano con el minero español) bien pueden llevar el título de *“Sketches in Untrodde Spain.”* Y creo que el sencillo relato que yo ofreceré, en el que se presenta la verdad sin adornos, estará lleno de interés para todos los lectores, especialmente para aquellos que deseen estudiar la naturaleza humana bajo las circunstancias menos conocidas.

Es probable que no exista en el mundo un país con una riqueza en depósitos minerales más variada, más vasta y más extendida que España. Es verdaderamente una “tierra cuyas piedras son hierro, y de cuyas montañas se puede extraer cobre”. Estas montañas en muchos lugares están preñadas de metales; en los cuatro puntos cardinales hay plomo, cobre, hierro, carbón y mercurio; pero en muchos, debido a la naturaleza montañosa del terreno y a lo costoso y dificultoso del acceso, estos depósitos aún permanecen sin explotar.

El tema de las minas y minería españolas es muy amplio y para un profano intentar tratarlo de manera científica, sería no sólo presuntuoso sino inútil. Sin embargo, después de haber permanecido durante algunos meses en el corazón de una zona minera española, el autor de estas páginas se ha tomado un gran interés en todo lo que se refiere a los mineros españoles y a la minería, y ha estudiado minuciosamente y con la debida atención la vida y el carácter del minero español al que ha tenido sobradas oportunidades de llegar a conocer bastante bien.

En primer lugar presentaremos una visión general de los principales centros de interés minero en el país; luego iremos a las minas y pasaremos un día bajo tierra con el minero español.

En varias zonas de España las minas han ofrecido sus tesoros sucesivamente a fenicios, romanos, árabes y españoles, y ahora “las concesiones” están siendo concedidas, como era de esperar, a *extrangeros* [*sic* por extranjeros], o foráneos entre los cuales las compañías mineras inglesas y alemanas mantienen un lugar predominante.

Entre las zonas mineras, juega un importante papel la provincia de Murcia, que últimamente ha ganado una notoriedad, en absoluto envidiable debido a la desgracia acaecida en Cartagena. Esta provincia es rica en lo que a productos autóctonos se refiere tanto animales como vegetales, y los cartagineses, a pesar de sus pertinaces sequías, fueron conscientes de su valía. Hay zonas que están completamente cubiertas por esparto -una planta resistente y fibrosa en cierto modo parecida a las gramíneas cespitosas de la costa noreste de Inglaterra-, que no sólo es ampliamente utilizado por toda España para cuerdas, sandalias, esteras, cestos y artículos similares, sino que desde hace poco tiempo está siendo exportado en grandes cantidades a Inglaterra y Francia para utilizarse en la fabricación del papel. También crece con profusión la planta salsola, que produce álcali cuando arde. En las aguas costeras de Cartagena se pesca un tipo de atún, y se pone en salazón para su exportación; cerca hay salinas tan abundantes como las de San Fernando en Cádiz. Pero el principal comercio de Cartagena está formado por el plomo y la plata. La zona es tan rica en minerales que los limos arrastrados por las lluvias invernales llevan plomo en abundancia, con una pequeña proporción de plata.

La provincia de Jaén, quizás, le siga en importancia puesto que tiene muchas minas de plomo, aunque es muy pequeña la propor-

ción de plata que tiene este plomo. Linares, su principal pueblo minero, situado en medio de áridas llanuras y laderas repletas de olivos, raquíuticos y oscuros, cuenta con una colonia de ingleses, franceses y alemanes y aunque es un pueblo carente de toda belleza y con pocas comodidades, es una de las principales zonas de la industria minera. Se dice que este pueblo fue el Hellanes de la antigüedad.

En el noroeste, entre las boscosas montañas de León, donde el pino y el abeto evocarán en la mente del viajero que las recorre recuerdos de Escocia, y donde hay zonas con paisajes tan verdes casi como los de Devon, se encuentran las minas de carbón de Arnao, cuyo principal pozo está bajo el nivel del mar; a poca distancia, en la misma provincia, están las minas de Cangas de Onís, ricas en cobre y en carbonato de zinc. Sin embargo, el tiempo desapacible y las intensas nevadas invernales, le restan valor a la explotación de la mina, haciéndola inaccesible durante semanas.

En Aragón y Navarra hay minas de plata. En las provincias Vascongadas, cerca de Bilbao hay dos de las minas de hierro más ricas de la Península, aunque el curtido “caballero” palurdo prefiere la pobreza, la comida poco refinada y la independencia en su diminuta propiedad de tres acres, que ponerse al servicio de un inglés; mientras Extremadura, “la tierra de cereal” del campesino español, el lugar de nacimiento de Cortés y Pizarro, tierra de algarrobos, de cacerías, de soledad, y de jamones dulces (el jamón dulce español), tiene una de las mayores minas de mercurio del mundo, fuente de creciente riqueza para el gobierno español.

Las minas de Río Tinto dan una gran cantidad de cobre, mientras que en Ronda y Granada, también hay una gran riqueza mineral, principalmente plomo.

Este es pues, un ligero esbozo de las principales explotaciones mineras en este país. He visitado personalmente algunas de las zo-

nas que acabo de mencionar, y es en una mina y en un pueblo minero, donde he vivido con los mineros relacionándome con ellos diariamente y a nuestro modo, he tenido la amistad que yo deseo presentar a mis lectores.

Quizás no haya pueblos en países civilizados donde el ambiente general de todo el lugar sea más inhóspito -no conozco un término más apropiado para expresarme- que en estas zonas mineras. Una extrema rudeza y un insólito primitivismo están impresos en todo: el terreno es escarpado, la gente es basta, las conversaciones cotidianas son algo vulgares. En los distritos mineros del plomo el oído se ensordece y el corazón se insensibiliza y se siente abatido por los continuos y recurrentes temas de “dineros” y “plomo”, día tras día, semana tras semana, un mes tras otro: “Plomo-plomo-plomo”. “¡Dios mío!” exclamó un científico que vino durante algún tiempo a vivir cerca de donde yo vivía, “Si yo tuviera que vivir aquí, al final me pondría tan pálido y pesado como el plomo”. Y así es. Desde la mañana a la noche no oyes nada, ni ves nada aparte del plomo: plomo en la estación de ferrocarril, humo de plomo en el aire (procedente de la fundición), burros cargados de plomo: plomo en galápagos³, plomo en planchas, plomo de primera o segunda calidad. Plomo y dinero, que se puede intercambiar por dinero y plomo, es deprimente tanto para el alma y el cuerpo; y estimado lector, recuerda que hay un refrán entre nosotros, “Andar con pies de plomo”, y una enfermedad entre nosotros que se llama “saturnismo⁴”, que deja los ojos de un hombre sin brillo, y adormecido su cerebro. Así pues, si tu crees que yo merezco el que se me pueda aplicar el primero, pásalo por alto, y sígueme pacientemente, y cree que mientras estoy escribiendo estoy “emplomado” y por consiguiente tendréis que resignaros. Pero si has hecho en alguna ocasión lo que

3. Plomo en lingotes.

4. También llamada plumbismo o intoxicación por plomo.

yo, y has arrancado unos cuantos trozos de plomo, “bajo tierra”, con la ayuda de la débil luz del candil del minero español, sabrás que incluso el apagado plomo, resplandece mientras lo golpeas para separarlo del granito que lo rodea, con el pico, o el “picaajo” como lo llaman los mineros; y así de ese modo, incluso el aburrido ambiente de las minas de plomo españolas se alegra con la sal española!

Tanto entre los encargados como entre los propietarios de minas, así como entre los mineros, una persona observadora verá y escuchará un inagotable fondo de originalidad, pintoresquismo, y chispeante humor al lado del más profundo patetismo y el más desesperado sufrimiento.

Después de muchos meses viviendo en el corazón de uno de los mayores centros mineros y más densamente poblados de España, pedí permiso al propietario de una mina española para visitar personalmente los trabajos de su magnífica mina y poder bajar a uno de los pozos; y el me dio (*rara avis in terris* en las zonas mineras) un vaso de vino de Oporto de la mejor calidad, el vino de Oporto del señor inglés. Mientras nos lo bebíamos y hablábamos de minas y minería, dijo que su vino siempre le recordaba “una anécdota verdaderamente conmovedora”. Un joven español se casó con una dama cincuenta años mayor que él, no una pareja por amor, sino una pareja por *dineros*. Ellos dos lo llamaron, y descorcharon una botella de rojo Oporto. La vetusta dama estaba disfrutando, incluso, (según decía él) hacía música con los labios (¿se relamía?) mientras disfrutaba del excelente vino. Su esposo se sentó a su lado mientras se bebía el vino en silencio. De repente la dama dijo: “¡Oh señor!” (a su huésped), “sólo con que usted pudiera conseguirme un barril de este mismo vino, yo viviría durante otros ochenta años”. “Y”, dijo mi anfitrión, “¡si usted hubiese podido ver la mirada de súplica que me echó el joven, nunca podría beberse el vino sin un suspiro!”

Pero este humor fácil y semi-patético es uno de los puntos que compensan cualquier conversación española. Nunca conversas con un español, de clase alta o baja sin reírte. Durante la misma conversación nosotros estuvimos hablando del estado general y de la administración interna de España y yo dije, “Hay dos cosas en Inglaterra, en cuanto al sentido ‘humanitario’ a las que yo concedo una gran importancia, ya que son muestras de que la humanización está avanzando, el bote salvavidas y las instituciones para albergar a las mujeres de mala vida. ¿Existe algo de esto en España? -”En lo que a lo primero se refiere, dijo él (y eso que él era un hombre culto), “Yo no se, puesto que no vivo cerca del mar; y en cuanto a lo último, no he oído que existan casas para ellas, sino infinidad de casas de ellas”. Esta última afirmación, hasta este momento, no la he podido verificar, y yo simplemente la menciono como muestra del rápido ingenio del español, incluso en las zonas mineras.

Aquí hay un típico pueblo minero. Se encuentra en las cercanías de la agreste cordillera de Sierra Morena. Está situado en la suave ladera de una colina; alrededor de la cual se extienden llanuras de tierras rojizas, cubiertas en primavera con los verdes cultivos de cebada, habas, trigo y rodeadas de olivares, cuyos oscuros y raquíuticos árboles están cercados por muros de piedra que se están desmoronando. Cada uno de estos cercados tiene en medio una casucha pequeña compuesta de una pequeña y lóbrega habitación, la “casa” del guarda del olivar.

El pueblo es antiguo, ya que en él se pueden ver antiguos y desmoronados vestigios de mampostería romana o árabe. Originalmente fue construido para unas ocho mil personas y ahora tiene al menos unas cuarenta mil apiñadas dentro de sus muros, literalmente “como arenques en lata”. El pueblo no es árabe, ya que los moros sabían perfectamente como construir las casas altas y con patios para

conseguir que dentro estuvieran frescas; los elevados muros a cada lado de las estrechas calles impedían que se pudieran asomar sobre ellos los rayos del sol tropical. Donde esto se puede observar mejor es en Córdoba, donde las viejas calles son tan estrechas que no pueden pasar dos vehículos, y las elevadas casas casi parece que se tocan por arriba. Las casas del pueblo minero son, al menos la mayor parte de ellas, de diseño español y consisten en un edificio de una sola planta hecho de enormes bloques de granito en el que normalmente se puede ver el plomo, con ventanas muy pequeñas sin cristales y con rejas de hierro; otras de una arquitectura moderna y completamente diferente han surgido formando un espeso y creciente cultivo entre ellas y a todo alrededor. Por regla general, las calles no están pavimentadas, pero fueron “adoquinadas” hace mucho tiempo. Durante las sequías estivales las piedras sueltas se van moviendo y ceden cuando se pisan, a menudo haciendo que tanto hombres como caballos sufran desagradables caídas; en el invierno el agua se queda estancada formando charcas de seis pulgadas de profundidad, y durante la época de lluvias tropicales, el agua se precipita por las calles abajo como si fueran torrentes.

En los barrios hay infinidad de alcantarillas abiertas; aquí también hay una larga y lenta corriente de aguas sucias que fluye desde los “lavaderos” de las criadas en el cerro que hay justo por encima del pueblo; hace tiempo tendría cierta gracia lleno de espuma, pero ahora ha perdido su belleza. ¡Nunca creerías que un líquido tan negro podría lavar tu ropa blanca! Cuando te vas aproximando a las calles que llevan a los suburbios, éstas, hasta ahora estrechas y “empedradas”, se ensanchan, están trazadas sin orden ni concierto y son de tierra; es decir, durante el verano tienen seis pulgadas de polvo, que la más leve brisa hace que se te arremoline en la cara formando densas y cegadoras nubes; y en invierno están cubiertas por un ne-

gro lodo de seis pulgadas de profundidad. En algunos lugares están siendo “arregladas”, es decir, llevan hasta los peores lugares enormes trozos de granito en serones a lomos de acémilas (escombros de los albañiles), y los arrojan sin partir en el fango o en los charcos de agua negruzca. Muchas, grandes y enérgicas son las maldiciones del mulero -contra el peón caminero, los santos, sus bestias, su familia (“sangre”) invocándolos a todos para compartir sus maldiciones.

Yo he visto estas carreteras, en las afueras del pueblo, a veces prácticamente intransitables para un hombre o un caballo; sólo un burro puede escoger su camino sobre las piedras y a través de los charcos de hediondo y negro fango. A veces se da el caso de que algún burro delicado retrocede con cara de pánico cuando ve estos últimos y cierra sus negros ojos si se tiene que meter dentro!

Las calles suelen tomar sus nombres de algunos santos, Calle de San José, Calle de la Virgen; o también de acontecimientos políticos, Calle de la República Federal, y así sucesivamente. En estos pueblos tan abarrotados, el precio del alquiler de las casas es muy elevado, aunque estas sean horribles. En España en las zonas del interior, normalmente el alquiler de las casas es muy bajo; pero en estos pueblos una casa pequeña de cuatro habitaciones y un patio diminuto y sin amueblar llegaría a alcanzar 30 libras anuales. Los tejados de las casas son de sólidas tejas blancas y tienen una ligera inclinación; la planta más alta con sus diminutas “gateras” (para que entren por ellas los gatos del tejado), se suele utilizar como cámara o granero, puesto que el calor hace que no se pueda destinar a ningún otro fin. Los muros, de granito gris o rojo, se construyen con un gran espesor para que el interior sea fresco. De vez en cuando hay una diminuta ventana salediza con una imagen dentro ataviada con mucho colorido y con lamparillas encendidas a cada lado que revela que se trata de la casa de un “religioso” o de un católico estricto. Por la noche,

para un extranjero que pasee por estas calles poco iluminadas, el efecto de encontrarse de repente con una de estas hornacinas iluminadas es sorprendente. Sin embargo, aparte de esto, el aspecto del pueblo no es religioso, como ocurre en muchos otros de los viejos pueblos del interior de España.

Los mineros, que vagan por las calles de noche, a menudo se ve que se paran y que se santiguan con devoción delante de las imágenes. Aunque no se trata realmente de un grupo con un gran fervor religioso, tienen un cierto sentido de la proximidad del otro mundo, un sentido probablemente inspirado por los peligros de sus vidas cotidianas. En mi trato personal con ellos, en más de una ocasión me he dado cuenta de la gran semejanza entre el aspecto religioso de su carácter y el de los pescadores de nuestras costas del sur de Inglaterra. Ambos, el pescador y el minero ven “las obras de Dios y sus maravillas en las profundidades” ambos diariamente ponen sus vidas en sus manos, ambos son poco religiosos en el más puro sentido de la palabra “religioso”, y, sin embargo, ambos tienen una inquebrantable generosidad de carácter, una indiscutible ausencia de miedo, una cierta dependencia natural, casi desconocida incluso para ellos mismos, del amor y del poder del Creador.

El resumen que adjunto que se refiere a la Tarsis mencionada en la Biblia, ha sido extraído del cuaderno de notas de un destacado ingeniero y propietario de una mina en España:

“En tiempos de Estrabón, en el siglo de Tiberio, el Río Tinto, tan bien conocido en España como para haberle dado su nombre a las famosas minas (cobre y hierro) en su nacimiento, era llamado Hyberus, o Hir-beras. En este tiempo Ura-berosa en Vasconce, que se supone que es una de las lenguas más antiguas de España, significa agua que arde, y el Río Tinto, sin duda, era entonces, como lo es ahora, nocivo para la vegetación en sus riberas y perjudicial para el

ganado. Se supone vulgarmente que la provincia de Huelva fue una de las primeras colonias en España de los fenicios, los cartagineses y los romanos; y es muy probable que el nombre romano de Hyberus se hubiera derivado de Ura-berosa, y de ahí, de Hyberus a Iberia o Hiberia, la conexión no parece muy alejada. Otra de las famosas minas de la provincia de Huelva es la Tarsis. Los lugareños todavía llaman Tarsé a la sierra que hay en las cercanías de esa mina; los romanos la llamaron Tartésia y a sus habitantes Tartesos. Aquí se dice que 'documentos escritos de los tiempos de Salomón establecen que era necesario un viaje de tres años para llegar a Tarsé para conseguir cobre, plata y oro' (?) Se supone, con bastante fundamento, que los fenicios asociaban el nombre de Salomón con riqueza, en particular a la riqueza mineral; y es cierto que muchos montes, etc... en el sur de España se llaman de esa forma: así pues en Río Tinto se encuentra el Cerro Salomón (pico o montaña de Salomón); cerca de Río Tinto está el pueblo llamado Salamea la Real (Real Salomón); en Extremadura está Salamea la Serena, cerca de un gran depósito de escoria de plomo; cerca de Córdoba hay otro Cerro Salomón, también cerca de una gran escombrera de plomo; y, según se dice, en las cercanías de la mina Tarsis se encuentran restos tanto romanos como fenicios".

Estas notas fueron tomadas por un destacado ingeniero, después de una conversación en Sevilla con un español, célebre especialista en antigüedades.

MINAS Y MINEROS

Todavía continuando mi descripción de nuestro típico pueblo minero, permítanme decir que sus principales características me parece que son: lo descuidado que está, el ruido de día y de noche, las

tabernas, lo chabacano del colorido y generalizado pintoresquismo de sus atuendos; y entre las mujeres la completa ausencia de la belleza española.

Primero, en cuanto a lo descuidado. (Yo no tengo intención de detener a mi lector mucho tiempo en cada uno de los apartados, sino sólo detallarle los hechos como yo los he visto). Han echado las inmensas piedras del pavimento a un lado de la calle, y las han dejado allí donde hay una franja para que jueguen los niños; gatos muertos, perros y frutas en varios estados de absorción, están por allí tirados en todas direcciones -digo absorción, ya que, por regla general, no se da la descomposición y la fetidez, debido a la extrema sequedad de la atmósfera; los haces de leña (verde) que se suministran a las casas se dejan en las calles a veces más de veinticuatro horas y con la oscuridad te caes encima de ellos; los *escombros* de materiales de construcción a menudo no se retiran durante meses; los burros toman posesión de las calles y donde quiera que encuentres una calle pavimentada, tienes plena libertad de cabalgar por ella y parar a tu animal; los mendigos se sientan en todas las esquinas y te persiguen y se te agarran el abrigo; niños pedigüños te besan la mano y corren a tu lado, con su desdichado e interminable lloriqueo "Una limosnita, por Dios, señor". Me encontré a un español que iba a caballo (el administrador de una mina) subiendo por una calle muy estrecha, por la que yo bajaba paseando, con una barra de hierro colocada a lo ancho encima de la perilla de su montura; llegaba desde un muro de la calle hasta el otro a falta de dos pies; el caballo echó a andar y avanzaba de lado a lado; a los pocos minutos estaría sano y salvo en el campo abierto y así permaneció sujetando su barra con firmeza. Justo cuando se estaba acercando a mi, uno de los extremos se enganchó en una de las rejas de la pequeña ventana de una de las casas, y mientras el intentaba detener su caballo, yo también me las arreglé para pasar.

Todo el peinado y el arreglo del cabello femenino (hablo de las clases bajas) se hace sentándose en sillas bajas en las calles; cada persona se lo hace a su vecina de al lado, o la madre a la hija, y *viceversa*. Creo que ya he dicho bastante de este apartado. ¿Qué diría un policía de Londres, o mejor dicho, que no diría de todo esto; o cuando viera a los grupos de guitarristas, o a los grupos bebiendo, ocupando las calles o sentándose en sillas bajas justo en medio de la calle causando un gran estorbo para el tráfico? “Obstaculizan la calle” es un término demasiado blando para todo esto; o aún más “Alteración del orden público”.

En siguiente lugar, nos referimos al ruido, de día y noche, como una de las principales características del pueblo minero. Un minero inglés, avanza sigilosamente hacia su trabajo al amanecer, y es probable que se vaya fumando una pipa en silencio, y que mire a las nubes. El minero español, incluso a las cinco de la mañana, comienza esa primitiva, peculiar y monótona cancioncilla que es la canción, casi la única canción del andaluz. En lo que a la melodía se refiere, siempre es la misma. En cuanto a la letra, la va componiendo mientras cabalga hacia su trabajo o vuelve de él. También su mula, está cubierta de campanas que le cuelgan de un collarón que lleva alrededor del pescuezo. En una ocasión yo conté hasta treinta campanillas en una mula cargada de telas; pero cinco o seis en cada mula para la música no es nada.

Luego, en lo que a la música se refiere. Mucha gente en Inglaterra piensa en España y habla de ella también como la tierra de la música, las flores y la danza; y hay algo de verdad en las palabras, pero al igual que ocurre con cualquier afirmación generalizada, necesita hacerle algunas modificaciones. En el interior, en lo que atañe a la música, el talento musical de la gente es muy escaso, pero, sin embargo, de una manera algo burda, la gran mayoría es aficionada a la música, especialmente entre las clases más bajas. La guitarra es el

instrumento preferido y son cientos los hombres que la tocan, o, al menos, le sacan unas cuantas notas.

Pero permítanme describirles la clase de música de que se trata. Nos encontramos en una zona minera española y es por la noche. Pasamos por el barrio habitado principalmente por mineros, jornaleros que van de un lugar a otro en busca de trabajo. En algunas calles, cada habitación de cada una de las casas tiene por la noche entre siete y diez de estos pobres hombres que se lían en sus mantas sin desvestirse y descansan de ese modo. Por toda la calle escuchas el rasguear de las guitarras; todas las puertas están abiertas y serás calurosamente recibido si entras para unirme al círculo de entre veinte y treinta que están sentados, algunos fuera de la habitación, en la calle, otros dentro, sin hacer otra cosa más que fumar sus usuales cigarrillos de papel y escuchar la música.

Ahora un hombre se ha arrancado. Hay muy poca melodía en lo que está cantando, y ninguna en lo que está tocando; todo lo que sale de su guitarra es “rián, rián, rián”, el mismo acorde tocado una y otra vez muy rápido. Se trata de un acompañamiento, una ayuda para su voz y nada más. Y en lo que respecta a su canción, no es más que una primitiva cancioncilla; la letra es infantil pero llena de amor:-

I.

“Negros⁵ son sus ojos,
abundante su cabello,
casta es mi niña
y muy bella.

5. I>Black her eyes are, And rich her hair, Chaste is my girl, And very fair. II. I love her well, She loveth me, Wait but awhile, We'll married be.»

II.

Yo la quiero bien,
ella a mi también,
Sólo espera un poco,
Y nos casaremos”

Y así sucesivamente. Al final de cada verso, el hombre sube la voz en una serie cadencias que suben y bajan, “la, la, la, la; la-la-la; la-la”, repitiendo varias veces. Los españoles permanecerán sentados escuchando esto hasta la medianoche. A menudo yo me he unido al grupo, y, es de justicia añadir, que varias veces, en estas reuniones cotidianas, he escuchado música de guitarra y voz sencillamente encantadora y muy bonita. Pero esta no es la norma.

El ruido de los gritos de la calle también es excesivo. En el pueblo del que yo escribo, la mayor parte del comercio se lleva a cabo en las calles, y siempre he encontrado que el vendedor ambulante de fruta, tejidos, pañuelos o velas, es más razonable en sus precios y tiene un surtido mejor y más variado de artículos, que el que se puede encontrar en las tiendas. Pero, realmente deberían rebajar algo del precio por el trastorno que causan con estos gritos. Desde las cinco de la mañana hasta las siete o las ocho de la noche, tu casa nunca está en silencio. Los gritos son peculiares, siendo la moda prolongar una sílaba de la palabra que se grita hasta que falta el aliento. “El toneler——o!” -aquí llega el tonelero ambulante. “El herrero——ro!” “Pañuel——os!” -aquí llegan los pañuelos y los tejidos, atados formando pilas de unos cuatro pies de altura a ambos lados del pescuezo de una mula cascabelera, envueltos en telas impermeables rojas, azules y amarillas. “Muy buenos tomates y pimiento——s!” -aquí llega un burro cargado de verduras y hortalizas.

Mientras que por la mañana temprano, digamos a eso de las seis,

más o menos, te despiertan los gritos del lechero, “Leche-e-e-e-e-!” Cronometré el tiempo de uno de estos últimos hombres y comprobé que fueron veinte segundos el tiempo en que mantuvo la cadencia de la e final.

Terminemos con el ruido. Los muleros gritan; los que van en burro cantan o tararean sus cancioncillas andaluzas; las mujeres cantan mientras trabajan. Todas las mulas de los carros, cada uno de los machos de un rebaño de cabras, y a veces todas las cabras, tienen su cencerro.

Luego, en cuanto a las pequeñas tabernas. En el pueblo minero la taberna es simplemente una habitación pequeña y oscura, con una pesada cortina en la puerta; dentro de la cual hay colocado un tonel de vino blanco y un tonel de vino tinto, Val-de-Peñas [*sic* por Valdepeñas]. La habitación se le alquila al dueño de la casa y se cierra por la noche. Es de piedra, oscura y una cortinilla roja, medio corrida en la puerta que se abre al patio de atrás, permite ver a las mujeres que llevan la venta sentadas en sus taburetes bajos cosiendo al fresco, fuera del pestazo del vino y el tabaco. En una esquina de la venta hay unas cuantas repisas muy pequeñas donde hay colocadas en fila botellas de varios colores; predomina el líquido blanco (aguardiente blanco); luego viene la menta, o licor de menta; apio, o licor de apio; y, probablemente, un tipo bastante fuerte de licor de ciruela y licor de cereza; cada uno de los cuales cuesta cuatro cuartos el vaso. Por todos lados hay botijos y cerámica verde y amarilla. Sobre la puerta hay colgado un pequeño manojito de ramas de olivo silvestre o chaparro, y de ahí el refrán de: “¡El buen vino nunca en rama colgado! y sobre la puerta hay escrito “Vino de Bal-de-Peñas” [*sic*. por Valdepeñas], Vlanco [*sic*. por Blanco] y Tinto, Aguardiente Valenciano”. El vino se vende en un vaso; en español vulgar el medio vaso se llama “caño de vino”; el lleno, “ración”.

Una de cada diez casas parece tener una taberna. En los caminos a las minas desde cualquiera de los pueblos, las ventas son pequeños tugurios de piedra de una sola habitación sin ventanas y sin sillas. Como norma, el vino está muy adulterado; es mejor cuando se está viajando, pedir un vaso de vino en cualquier cortijo. Si el cortijero no cuenta con un barril, al menos tendrá un pellejo o una botella de vino y accederá de buena gana a ofrecerte un trago.

La chabacanería de color y el pintoresquismo general de los atuendos. Hablo de esto puesto que también es característico de los pueblos mineros españoles. La pañería en las tiendas es de los colores más brillantes y ordinarios que se pueda imaginar. Para los vestidos de las mujeres predomina un tono amarillo. Los pañuelos, que llevan en la cabeza los hombres y las mujeres son rojos, azules, amarillos y de los tres colores mezclados. Muchas mujeres de las clases bajas llevan una falda amarilla de una especie de una sarga de lana basta, con tiras rojas de unas cuatro pulgadas de anchura cosidas encima. Todo aquél que acude al pueblo minero en busca de trabajo conserva durante un tiempo su individualidad y ves al campesino valenciano con su camisa de lienzo y con sus holgados calzones de lona que le llegan hasta la rodilla, amarrados alrededor de la cintura con un trozo de cuerda; al manchego, con su pañuelo azul y amarillo anudado alrededor de la cabeza, con casquete de piel y enormes orejeras; el curtido campesino de León, con su chaleco bordado, sombrero de ala baja y negras polainas de tela con botones de metal; el castellano con montera y capa hecha jirones; el catalán, con su pintoresco atuendo semi-genovés; éstos, y media docena más de trajes, se mezclan en la Plaza con el sombrero calañés, con la chaquetilla corta negra, con la faja roja y con los calzones de lana del andaluz y forman una torre de Babel de lenguas, y le dan un pintoresquismo general a la escena.

Y en lo que respecta a la última característica del distrito minero -la completa ausencia de belleza entre las mujeres- yo sólo puedo decir que a excepción de sus magníficos ojos negros y abundante, brillante y bien cuidado cabello, jamás vi rostros más poco agraciados, tanto entre las ricas como entre las pobres. Por supuesto que la belleza española en algunas partes de España especialmente en Málaga, Cádiz y las provincias del norte, radica en el pelo y los ojos y en las exquisitamente proporcionadas figuras, y las manos y pies pequeños que te asombran, acentuada, por supuesto, por el elegante vestido de cola y ese incomparable tocado que es la mantilla. La belleza española generalmente tiene su punto flaco en la nariz y la boca, que cuando ya se acerca a la edad madura, a menudo se ponen realmente feas, mientras que la parte de arriba de la cara sigue siendo todavía bonita. Pero en las zonas del interior las mujeres son de algún modo más pequeñas de lo normal; con tendencia a estar bastante *embonpointy* no son ni mucho menos tan bonitas como las campesinas inglesas.

Y en cuanto a las tiendas del pueblo, todas ellas son de lo menos refinado, pero la pañería y las telas son prodigiosamente fuertes y duraderas. Está la *Tienda de Comestibles*, donde puedes comprar cualquier cosa, desde un cuchillo para apuñalar a un jamón dulce, camas, leche de cabra, queso, cacao, etc.; el “Despacho de aceitunas de Sevilla” o tienda de aceitunas de Sevilla -las mejores de España; el “Despacho de carne”, o carnicería, donde algunas veces en verano se puede comprar cordero, tan duro como el cuero y en invierno carne de macho de cabrito -completamente desagradable para un paladar extranjero; la “Sombrerería”, o tienda de sombreros; el puesto, que no la tienda, de “Refrescos y Gazeosas” [*sic* por Gaseosas]; y el “Despacho de dulces”, o tienda de dulces. En lo que respecta a las tiendas de artículos de lujo, libros, artículos de *virtú* [*sic* por *virtud*] éstas no

existen; pero todos los años un vendedor ambulante viene y durante seis semanas alquila un local; trae artículos realmente bonitos y buenos y su tienda antes de que se vaya se queda vacía y sus bolsillos llenos. Son muy numerosas las tiendas sólo y exclusivamente para la venta de navajas, algunas de un tamaño sorprendente y también lo son las de sillas de montar.

Y ahora, salgamos del pueblo con sus sucias calles, abarrotadas de gente, su persistente sabor a ajo y aceite de olor penetrante (el aceite de oliva que se utiliza para freír) y tomemos una bocanada de aire fresco mientras que vamos coronando una ladera tras otra de camino hacia las minas.

En una ocasión, una clara mañana de febrero pero fría y con un vendaval, salí del pueblo acompañado por un minero español que me hacía de guía, en dirección a una de las principales minas a eso de cuatro millas de distancia. Primero, antes de dejar los alrededores, pasamos por el “Valle de las lavanderas”. Un arroyo y un manantial que corre a través de una vaguada arenosa y llena de rocas, cuyas aguas eran recogidas en dos puntos; en un lado iban hacia un largo abrevadero de piedra para que beban los mulos y burros que pasan por allí y que se desbordaba cayendo en la parte baja formando oscuras charcas de lodo; en el otro caían en una larga serie de pilas de piedra, con piedras inclinadas a cada lado en las que restregar la ropa. A ambos lados se levantaba una ladera plantada de olivos y por toda la zona de tierra y rocas había diminutas casuchas, arrendadas por personas de todo tipo y descripción. El gitano, el mendigo, el agotado soldado, la meretriz de la peor clase, hombres en camino hacia el trabajo, todos estaban sentados fuera de estas “casuchas” como probablemente las llamaría el terrateniente inglés. A estos lavaderos llegan en tropel y de todas partes criadas, lavanderas, madres de familia y, pagándole al propietario un penique más o menos a la hora, vigi-

lará sus ropas que están chorreando desde la mañana a la noche. En mi vida había visto un grupo más variopinto; sus vestidos de todos los colores imaginables, principalmente rojos, amarillos, verdes y a rayas; sus desnudos brazos, fuertes como los de un hombre; su incesante y vulgar parloteo; sus palabrotas, ya que a menudo vuelven las mangas y tienen que enfrentarse con los puños, todas ellas presentaban un cuadro muy extraño. Pero, por regla general, son gentes muy trabajadoras, diligentes y honestas. Podrían describirse como lo que los soldados ingleses llaman “Buenas mozas cristianas”.

La primera media milla de la carretera es un tanto pintoresca debido a los continuos puestos pintados de colores chillones de los que venden el café de la mañana y el aguardiente a los mineros, cuando pasan por esta carretera hacia su lugar de trabajo; por los burros, completamente ocultos bajo su carga de ramas de olivo y de chaparro que van al pueblo a suministrar a los tempraneros hornos y los cálidos tonos del sol de la mañana que, al inundar los montes y los valles, le dan una cierta belleza incluso a la polvorienta y rojiza carretera, a los escalofriantes trozos de granito marrón, a los oscuros olivos, y las amarillentas llanuras de raquílica cebada.

Dos pequeñas anécdotas tan completamente españolas que deben perdonarme por presentarlas, ocurrieron para alegrarme la primera parte del viaje, un viaje por lo demás solamente interrumpido en lo que respecta a su monotonía por el alegre charloteo de mi guía, que me ofreció una larga descripción de un parto en el que había intervenido la noche anterior, y de repente dejó de cantarrear su cancioncilla andaluza para exclamar “¡Caramba! Yo iría con usted hasta el final del mundo, ya que lo aprecio mucho”, y se ponía a gritar al mulero y al que llevaba los burros cuando nos cruzábamos o cuando los adelantábamos, “Ar-r-r-r-r-e, mu—lo, ar-r-r-e” o “Arre, borri—co” y el eterno *viático* que recibes o que das como señas de

cortesía a todos “Vaya usted con Dios”, sonidos que parecen elevarse como un coro a todo lo largo de la carretera.

Estos fueron los dos incidentes. Un burro cargado de plomo se había caído en la carretera y el dueño no podía poner de pie al pobre animal. Maldecía a la Virgen, a los santos por haberle traído tan mala suerte y finalmente estuvo revolcándose completamente por el suelo con un arrebato de ira ciego y sin sentido.

En una curva entre los olivos encontramos cuatro mineros, tipos jóvenes con buena musculatura, sin camisa, con sus cuchillos en una roca muy cerca, jugando a su juego favorito que se trata de lanzar la jabalina. La barra de hierro tiene una longitud de unos cinco o seis pies con una parte redonda y suave para agarrarla, y pesa, me dijeron, -por supuesto yo no tenía medios a mano para verificar la verdad de la afirmación- entre veinticinco y treinta libras. Cuando le llega su turno, cada hombre se adelanta, la agarra aproximadamente por la mitad, hace palanca lo mejor que puede, y lanza la jabalina en posición horizontal. El que arroja la barra más lejos es el que gana las apuestas. No hace falta decir que siempre se juega por dinero. Un entretenimiento sin la excitación añadida de apostar no sería una diversión para el español.

Los hombres me ofrecieron la barra y sólo puedo decir que un hombre que la lanzara podría, si no estaba habituado a hacerlo, correr el riesgo de romperse o torcerse algo. Nos sentamos muy cerca de aquí, mi amigo minero y yo para tomar nuestro sencillo desayuno consistente en Valdepeñas, pan y tocino -la comida española; y cuando yo le ofrecí la botella a Juan, dijo, mientras se echaba un largo y continuado trago, “mi padre era abstemio, así que le corresponde a su responsable hijo beber con ganas para reparar en algo su único defecto”.

La completa ausencia de agua o verdor y de todo lo que uno asocia con el nombre de nuestro país ciertamente sorprende al inglés

siempre que contempla el aspecto raquíutico de los árboles; los macizos de chumberas; los tipos pintorescos y salvajes; el montón de perros de aspecto feroz en la carretera, algunos tumbados con la cabeza y las manazas manchadas de sangre, y completamente pletóricos, pero con aspecto de estar completamente satisfechos, algunos tumbados medio metidos entre las costillas y arrancando la carne de un caballo que se había desplomado.

Mientras cruzamos otra colina más aparecieron de repente las altas y humeantes chimeneas de las minas de plomo y las largas cadenas de granito (ya que todo el suelo por aquí no tiene más de tres o cuatro pies de espesor y luego se ven las rocas de granito a una gran profundidad, granito en el que se encuentran las vetas de plomo), y comenzamos a oír muy cerca por delante de nosotros el ruido de la maquinaria. Mi primera impresión fue, qué industria, qué empresa hay aquí; ya que, recuerden, estas minas están a millas de distancia de cualquier ferrocarril y por supuesto aquí no hay demanda de mineral. Mi pensamiento siguiente fue, qué empresa más poco esperanzadora debe haber parecido al principio comenzar a abrir una mina en una zona como esta. Todo se ha tenido que traer hasta aquí, artificieros extranjeros e ingenieros, maquinaria, manos, ya que en este lugar no se podía encontrar nada.

BAJO TIERRA

La forma de comenzar a explotar una mina es la siguiente: primero, una persona competente descubre a qué profundidad, en qué dirección y en qué ángulo se extienden las “vetas”, o filones de plomo, -todos estos factores se pueden establecer con cierto grado de certeza, pero a veces una opinión resulta mal fundamentada; entonces se solicita del Gobierno, que ostenta la propiedad de todas estas

zonas de roca, bosques y páramos que nadie ha reclamado, lo que aquí se denomina una “concesión”, es decir, la compañía minera solicita del Gobierno que le venda los “derechos de mineral” de tal y tal franja de terreno. Una vez hecho esto, el administrador del dueño de la mina hace lo que se llama “denunciar” la tierra -es decir, formular formalmente la petición y tomar posesión -ratificando su acuerdo con las autoridades civiles del pueblo más cercano. Y posteriormente él tiene que conseguir maquinaria y hombres -una cuestión nada fácil en muchos casos, debido al mal estado de las carreteras, la distancia desde el ferrocarril de la zona “denunciada” y debido a lo montañoso del terreno; pero por encima de todos estos inconvenientes la iniciativa y la fe han triunfado y España está salpicada de pequeñas colonias de mineros franceses, ingleses y alemanes.

Quizás, después de todo, al principio, el explotar una zona minera no requiere mucha más fe en el hombre que la que se requiere para surcar los grises, pizarrosos y glaciares oceánicos en busca de pescado, o para echar la simiente en el oscuro suelo, no tanta fe, quizás, como la que se requiere del niño cuando se le dice por primera vez que rece sus oraciones, y: “sigue rezándolas, aunque parezca que no recibes respuesta”, lema éste de la enseñanza de otros tiempos.

Me reuní con el amigo con el que iba a pasar todo el día bajo tierra, y nos dirigimos hasta el cuarto destinado a cambiarse de ropa. Un vaso de vino tinto y un cigarro me tranquilizaron los nervios que tenía un tanto alterados ante la perspectiva de “alejarme de la luz del día” y nos dispusimos a ponernos el “traje de faena”. Este consiste en un par de gruesos calcetines de lana y alpargatas, pantalones de lona hasta las espinillas, un jersey de marinero que abriga mucho pegado a la piel, y sobre éste una chaqueta corta y oscura de holandesa (parecía), forrada de lana y franela; en la cabeza llevábamos una gorra de tela muy ajustada, y por encima un chambergo hecho de una

mezcla de lana, fieltro y colofonia duro como el cemento, y que sonaba cuando lo golpeábamos, como si fuese metal. Esto es para proteger la cabeza en caso de que una piedra o un trozo de roca le caiga encima. Esto último se ha instituido en Cornualles y es algo bastante valioso, pero el minero español trabaja con la cabeza sin proteger y sólo se pone una gorra de tela que, por supuesto, no lo protege más que del polvo y la suciedad.

Ataviados de este modo, fuimos caminando hasta la boca de la mina y al menos uno de nosotros no se sentía cómodo en absoluto. El “pozo” para el primer descenso era tan estrecho que, bajando por la escalera uno se podía echar para atrás y apoyarse en el otro lado. Parecía como una simple boca de pozo y la parte superior de la escalera, colocada a un pie por encima de la superficie, era sólo de un pie de anchura. “¿Qué prefiere, la escalera, o dejarse caer por la cuerda?” había dicho mi amable compañero, y yo había escogido la escalera. Y allí bajamos, yo agarrado con todas mis fuerzas. La disposición de los distintos tramos de escaleras en esta mina era muy ingeniosa. Cada vez que terminaba una escalera, cuya longitud era muy reducida, había un pequeño espacio para “descansar” así pues, aunque se diera el caso de que un hombre se cayera sólo caería una corta distancia, de modo que desde allí podría balancearse hasta llegar al siguiente nivel, agarrándose firmemente con una mano a la escalera anterior. Debo decir que cada uno de nosotros llevaba una vela de sebo corriente para iluminarnos, con una bola de arcilla pegada alrededor justo por debajo del extremo que ardía. Cuando la vela se va consumiendo y llega hasta la bola de arcilla húmeda, bajas la bola una pulgada más abajo. Esta arcilla evita que el sebo te caiga en la mano y que se te ponga resbaladiza.

Las escaleras tienen los largueros de madera y los travesaños en su mayoría son de hierro. Parecen firmes y robustas; pero en otras

minas españolas -esta pertenecía a una compañía inglesa y estaba siendo explotada por mineros españoles- me aseguraron que la bajada no se realiza con tanta seguridad.

Esta mina era una mina que se estaba extendiendo mucho. En realidad es maravilloso avanzar a través de las oscuras y angostas galerías y ver elevándose por encima de ti, a cada lado, los enormes muros de sólido granito. Levantas tu vela y ¡he aquí las vetas de plomo, que parecen como la mancha que deja una bala en la culata de un rifle, que relucen y brillan por encima, por debajo, por todas partes y a todo alrededor. En el primer pozo a veces puedes ver durante un momento la distante luz del día a través de alguna grieta que haya por encima, y de repente tienes que subir trepando por un bajo y oscuro pasadizo cuyo techo está formado por gruesos troncos de roble y tablones capaces de soportar quinientas toneladas de granito en un desprendimiento. Este “techo” se coloca en aquellos lugares donde es probable que pueda haber un derrumbamiento de granito.

Fuimos arrastrándonos y dando tropezones. De repente tres mineros aparecieron apresuradamente por una esquina con un aspecto bastante fantasmagórico debido a la luz de sus titilantes candelas y se metieron en nuestra galería. “Barreno, barreno, barreno” gritaron, y el enronquecido grito produjo un eco y resonó de una galería a otra. En un instante, mientras ellos volvían la esquina, un apagado estruendo como el de un trueno sacudió e hizo temblar y vibrar la roca de granito contra la que estábamos apoyados y casi nos apagó las velas; luego otro; luego un tercero. Estas son las voladuras con las que hay que realizar necesariamente la mayor parte del trabajo.

En esta mina pude observar “los pozos de los antiguos” como los mineros los llaman; eran los pozos abiertos por los fenicios y los romanos; pero las compañías mineras del siglo diecinueve han ido cua-

tro veces más abajo de donde terminaban los “pozos de los antiguos” y han sido recompensadas con ricos tesoros.

Esta mina tiene cuatro pozos, cada uno de unas cuarenta brazas de profundidad por debajo del otro. En el más alto el suelo está seco, pero en las galerías más profundas el minero tiene que trabajar con el agua y el barro hasta los tobillos, aunque las bombas están continuamente funcionando durante todo el día y la noche. En algunos lugares para llegar a ciertas zonas de la mina, tuvimos que arrastrarnos andando a gatas a través de pasadizos oscuros y de aspecto lúgubre, pasadizos de unos dos pies de alto por dos de ancho y el pensamiento normal de una mente que no estaba habituada a este entorno laboral fue: “Que fácil sería que cayera un bloque de granito que bloqueara mi salida y lo más probable es que me perdiera en este laberinto de oscuridad”.

La oscuridad, los enormes bloques de granito extraídos por medio de picos y pólvora, las pálidas caras de los mineros iluminadas por sus pequeños candiles de aceite, el sordo estruendo de las explosiones, el incesante, lento, acompasado y constante sonido del pico “pic, pic, pic”, la completa sensación de ahogo que uno experimenta, el olor sulfuroso de la pólvora, todo esto debe ser visto y oído, ya que no se puede describir de un modo tal como para que dé, aunque sólo sea, una leve idea de la gran cantidad de trabajo y energía que se necesita para abrir los túneles, las galerías y las cámaras en el granito existente en el vientre de la tierra.

El plomo se encuentra extendido en “vetas” o filones de entre unas ocho a dos pulgadas y de cinco pies de espesor y quizás de igual altura, aunque esto último se ha encontrado muy pocas veces en el granito. Por regla general se extiende de este a oeste y con un buzamiento de unos treinta y dos grados. Cuando un minero descubre una de estas vetas, si es grande, comienza inmediatamente a volar, a

perforar y a trabajar con el picajo; si es pequeña, el ingeniero o el capataz mide sus proporciones y puede decir en un momento si merece la pena trabajar en ella.

Las pérdidas y los riesgos que corren los propietarios de las minas son principalmente éstos: a menudo la veta desaparece durante un tiempo, o completamente, y se pierde el trabajo de los hombres durante semanas mientras se esfuerzan en intentar volverla a encontrar, a veces, quizás, al final sin éxito. Entonces, puede que tarden semanas incluso meses en encontrar en toda la mole de granito, lo que se llama una “veta que compense” o una “veta que merezca trabajarla”. Aquí se desconocen las huelgas, de modo que en este sentido no hay pérdidas.

Me pareció que había dos clases de granito, uno de un color rojizo muy oscuro y otro de un color más claro -una especie de granito gris. También me di cuenta de la existencia de piritas de hierro y también con frecuencia de un borde de mica blanca a cada uno de los lados de la veta de plomo que la separa del granito a ambos lados. El plomo se extrae en trozos de formas irregulares, como pedazos de roca. A la luz de los candiles parecía bastante plateado, pero fuera a cielo abierto, justo como el plomo salpicado en una superficie dura por la bala de un rifle.

Hay tres tipos de plomo: primero, la veta o filón de plomo sólido, que acabo de describir, que es, por supuesto, puro y el más valioso, - éste se lleva directamente a la fundición; luego, hay un plomo de segunda clase, o aquel que tiene cierta proporción de granito mezclado y que necesita ser machacado y precipitado en agua corriente antes de ser enviado a la fundición; el plomo de tercera clase es aquel que tiene una mayor proporción de granito que de plomo y también las partículas de plomo que salen volando y se esparcen por todos lados y que se mezclan con el granito, con el polvo, etc... Todo el plomo cuan-

do se funde da algo de plata pero en una proporción muy pequeña. Media corona por libra es la ganancia media de la plata cuando ésta llega al mercado.

La cantidad de plomo producida por las minas se ha incrementado en los últimos años, debido, por supuesto, a los crecientes esfuerzos de las diferentes compañías que las explotan. Como ejemplo, debo mencionar que en una compañía en la que tengo contactos, el valor del plomo comercializado durante el año 1870 era de 15,000, mientras que para el año 1873 los beneficios resultaron ser de 60,000 libras.

En lo que respecta a la vida del minero y su carácter. Hay dos grupos, los trabajadores de superficie y los que bajan a los pozos, o propiamente mineros. Los primeros, empleados en realizar distintos trabajos, como posteriormente veremos, empujando las carretillas de plomo, picando, lavando, llevando las mulas, manipulando la máquina de vapor, u ordenando la “rocas” no son hombres de una clase muy distinta a la de los mineros. Sin embargo, ambos grupos están formados por hombres que provienen principalmente de la provincia en la que esté situada la mina en particular; pero, atraídos por los elevados salarios, llegan en tropel a las minas hombres de todas las provincias y ataviados de la forma más pintoresca que se pueda imaginar, engrosan las filas de trabajadores de superficie y de los que trabajan en los pozos. No todos están movidos a trabajar en la mina sólo por la necesidad de ganarse el pan. Al igual que el viejo David cuando se fue a Adulám, así ahora se dirigen a los distintos centros de la industria minera “todos aquellos que están afligidos, y todo aquél que está agobiado por las deudas, y todo aquél que está descontento” formando un grupo desigual y variopinto pero, por regla general, en absoluto revoltoso o desagradable. De hecho, personalmente yo siempre he encontrado, tanto individualmente como en

masa a los mineros españoles como unos tipos de gran corazón, honestos y trabajadores. No se suelen meter en política, y prefieren sus tugurios, su música y sus juegos a los modos de vida más peligrosos de los artesanos españoles. “Una vida corta y feliz” es la norma que rige entre ellos, ¡pobres hombres! Me temo que muy a menudo sea corta sin ser feliz.

El minero español es un hombre de estatura moderada, digamos de unos cinco pies y cinco pulgadas (ya que los andaluces son por regla general bajos y rechonchos, y forman la base de los trabajadores en las minas desde las que yo escribo), con cierta tendencia a ser corpulentos y con unos torsos singularmente bien desarrollados, a veces tienen pechos casi como los de las mujeres; de cutis pálido y cetrino, tienen una oscura y profunda mirada, y una sonrisa abierta y audaz, el pelo muy corto, los brazos rollizos y los pies y manos muy pequeños.

Su atuendo consiste en una chaqueta corta pero muy gorda y que abriga mucho de algún tejido basto de color oscuro y forrada de lana en longitud y forma como las chaquetas de los uniformes escolares de los ingleses antes de que tenga el grado de madurez necesario como para poseer un abrigo; un pañuelo de colores, atado con nudos por debajo de las orejas, con los extremos colgando por detrás del cuello, una precaución muy sabia en un país donde la inflamación de los ganglios que hay detrás de las orejas es muy común; unos pantalones gruesos de lana; alpargatas de lona o abarcas atadas con una cuerda, o, si puede gastarse treinta y cuatro reales que es lo que le cuestan, un par de botas *Blucher* de cuero ligeramente coloreado; por regla general, por encima de la gorra que acabo de describir, llevan el sombrero rígido; una faja carmesí, donde llevan el cuchillo (la famosa navaja, o cuchillo que se cierra que les sirve para comer o para apuñalar) y la bolsa; una camisa de cuadros de colores; y com-

pleta la apariencia general del minero la “alforca” [*sic* por alforja] una especie de bolsa con dos bolsillos, uno para pequeñas herramientas y el otro para provisiones, que se cuelgan en el hombro izquierdo de modo que su peso se equilibra a partes iguales, con un bolsillo delante y el otro detrás colgándole por la espalda. Cuando el minero baja a la mina lo único que lleva es un ajustado jersey de holanda marrón, abierto en el pecho y forrado con franela y pantalones del mismo tejido, amplios y que le llegan hasta la rodilla. Lleva alpargatas o abarcas de lona o si lo prefiere, trabaja con los pies descalzos.

En edad el minero varía entre unos diecisiete a treinta y cuatro y entonces su corta vida, por regla general, llega a su fin, sus hijos se quedan sin padre y su esposa se queda viuda. Las pobres muchachas españolas dicen “Es duro casarse con un minero ya que tiene que dejarnos demasiado pronto”. En las minas de mercurio de Almadén, la enfermedad y la tasa de mortalidad, en gran medida causada por la excesiva salivación, se dice que es enorme; y en las minas de cobre de Río Tinto muy elevada. Pero en las minas de plomo el mineral no penetra tanto y no deteriora el organismo como en estas minas a las que me acabo de referir. Las enfermedades de las que es víctima el minero español y sus causas son principalmente estas:

- 1.- Tuberculosis pulmonar, acompañada al igual que en Inglaterra, de esputos de sangre. Esta es la mayor enemiga de los pobres hombres y son cientos los que caen víctimas de ella. Probablemente esté provocada por respirar el aire sulfuroso de la mina tan poco renovado y pernicioso; por trabajar con los pies descalzos durante ocho horas hasta que el otro turno llega para relevar la guardia durante la noche; por el esfuerzo de subir las escaleras perpendiculares rápidamente y con impaciencia para salir a la superficie, lo que produce una intensa transpiración y también la palpitación del corazón. El minero sale en un momento al aire frío de la superficie, quizás a las

cinco de la tarde, cuando comienza a caer la fría escarcha. La transpiración se frena repentinamente y, con la ropa de faena, fina y muy húmeda por el sudor, cruza hacia los vestuarios para lavarse y adecentarse. Luego, con el frío aire de la tarde, se va caminando hasta su casa, probablemente sin abrigarse lo suficiente. El esfuerzo de subir las escaleras de mano es grande. A menudo, en lugar de inclinarlas, como se suelen inclinar las escaleras por regla general, las inclinan hacia el otro lado, *es decir*, las inclinan hacia afuera y subir por ellas es como ir subiendo por una escalera de mano por la parte de dentro.

2.- Calentura o fiebre. Esta es de tres tipos, o mejor dicho, tiene tres etapas, y probablemente esté motivada por las mismas causas que la anterior. La primera fase es simplemente calentura. La segunda, intermitente, es decir, son las fiebres tercianas, con síntomas biliares. Lo mejor en esta fase es tratarla con quinina y son muchos los hombres que se han quedado sordos por la concentración de la dosis que se le administra. La tercera es perniciosa, cuya recuperación es prácticamente imposible. Una fiebre alta, intenso agotamiento, vómitos constantes y sordera, como ocurre con las fiebres tifoideas, son características de esta última fase de la calentura. La primavera y el otoño son las estaciones más favorables para esta calentura, que, en muchos aspectos, se corresponde con la “fiebre baja con síntomas de tífus” tan corriente entre el campesinado de los condados de los Midland ingleses. En algunos casos o estadios, la lengua se pone negra; en otros, ésta adquiere una gruesa capa blanquecina. Un médico me aseguró que esta fiebre es muy similar a la fiebre africana y a otras fiebres que se producen por vivir en una zona donde abundan las ciénagas y los pantanos con temperaturas tropicales. La calentura del interior a menudo deja su huella en el organismo durante meses y es bastante difícil librarse completamente de sus efec-

tos en un cuerpo debilitado. Casi siempre está provocada por un escalofrío repentino y, cuando aparece por primera vez, se distingue por episodios alternativos de frío y calor, escalofríos, ojos icterícos, una completa imposibilidad de mantener ningún tipo de alimento, líquido o sólido, en el estómago; una gran sequedad de la piel y una profunda depresión mental. En esta primera fase los médicos españoles tratan esta enfermedad con sangrías y pastillas “febrífugas”, provocando una intensa transpiración. Yo no sé en qué consisten estos “febrífugos”, pero he visto grandes beneficios derivados de su uso; de hecho, yo me he beneficiado de ellos mientras padecí un ataque similar, mientras estaba lejos del inglés que me aconsejaba en cuestiones de medicina.

Hay un árbol conocido en España entre las clases bajas como “árbol de la calentura”. Es un árbol de tamaño medio que constantemente encontramos plantado en las estaciones de ferrocarril, en las casetas de los transbordadores, etc... en las zonas azotadas por esta enfermedad. Un eminente doctor inglés en España me informó del nombre botánico de esta planta; se trata del *Eucalyptis globulus*. Creo que es oriundo de Perú. No sé si el febrífugo de los médicos españoles es un mejunje hecho con las hojas de esta planta aunque esto es lo que aseguran los propios mineros.

3.- Dolor de costado, un término que se aplica por el minero tanto a la inflamación de los pulmones como a la pleuresía. Estas dos enfermedades son muy corrientes y cuando se las deja que se desarrollen completamente son muy graves. Probablemente estén provocadas por la causa que acabo de mencionar, el cambio brusco al salir de la templada temperatura del interior de la mina al aire frío de las tardes invernales en España o a la fría humedad de la medianoche. Un turno de hombres llega a la superficie a eso de las cinco de la tarde, y el segundo a aproximadamente las dos de la madrugada.

El trabajar en los pozos más profundos con el agua llegándoles a los tobillos o hasta las rodillas, es también, por supuesto una de las principales causas que hacen proliferar estos males.

4.- El “Saturnismo”, es una enfermedad que se ha llamado de formas muy diversas, entre ellas “estar emplomado” “cólico de plomo” o “plumbismo”. Sin embargo, “cólico de plomo” es la manera correcta de designarla. Es muy común entre los hombres que trabajan en la superficie, entre los que bajan a los pozos y también entre los que se encargan de los trabajos de fundición. Esta enfermedad está provocada por la absorción en el organismo de una gran cantidad de plomo mayor que la que éste es capaz de eliminar. Generalmente hablando, los intestinos se quedan completamente inútiles y los vómitos no son suficientes intensos como para expulsar las partículas perjudiciales. A menudo hay diarrea. Los fuertes retortijones en el costado y el estómago, que casi lo dejan paralizado, están constantemente presentes en esta enfermedad. En algunos casos, el que la sufre se reuerce con intensos dolores y éstos se lo llevan en veinticuatro horas. Me enteré de dos casos de este tipo y en ambos recurrieron a las sangrías y a fuertes purgantes, pero sin que éstos dieran buenos resultados, y los dos pobres hombres murieron, cada uno a las treinta y seis horas del ataque. Pero en estos casos el ataque no había sido el primero que sufrían ya que ambos tenían la constitución muy debilitada por haber padecido esta enfermedad con anterioridad. Sin embargo este cólico por regla general no es mortal. Una persona que sufra “plumbismo” o que se encuentra en vías de padecer esta enfermedad, tiene la cara con un aspecto espantosamente pálido, sus ojos pierden en brillo y el blanco de los ojos se vuelve amarillo, decrece su apetito y la sed se va incrementando diariamente. En ciertos tipos de este cólico, cuando el estreñimiento se mantiene durante mucho tiempo y el dolor es desesperante, se administra aceite de

croton⁶ en una dosis infinitesimal y por regla general los resultados son buenos. En otros, donde el intestino se relaja y continua incapaz de llevar a cabo su función, se administran fuertes sustancias irritativas, tales como la pimienta de cayena roja y también se obtienen buenos resultados. Los médicos españoles constantemente sangran a los pacientes que sufren de la fase de estreñimiento de esta enfermedad que generalmente está acompañada de fiebre.

La prevención siempre es mejor que la curación, y a mi me han dicho dos capataces de una enorme fundición de plomo que piensan que en gran medida es posible mantenerse a salvo del enemigo por medio del ejercicio, si es posible, una gran limpieza personal, dosis frecuentes de simples quelantes, como los compuestos de ruibarbo y sobre todo, por medio de un uso de ácidos regular y juicioso, que ayuda muchísimo a la hora de neutralizar el veneno. Unas cuantas gotas de alguna preparación de ácido sulfúrico en el agua, -hay una botella de esta preparación al servicio de todos los mineros en cada una de las minas; ellos llegan con un jarro de hojalata lleno de agua y echan treinta gotas, -o limonada, ácido tartárico, o algo parecido, y me han asegurado que ellos se han dado cuenta de los inmejorables beneficios. El modo en el que el plomo entra en el organismo es principalmente a través de los pulmones ya que necesariamente el ambiente está impregnado de plomo en las fundiciones. El mismo humo que respiras allí es plomo y en la mina el minero inhala las diminutas partículas de plomo que flotan en el aire cuando las desprende el pico. El minero español incrementa el riesgo por sus errores en las voladuras. El minero inglés que desea volar una veta de plomo abri-

6. Líquido viscoso y venenoso obtenido de las semillas de una pequeña planta asiática. *Croton tiglium* de la familia de la *Euphorbiaceae*. Originario o cultivado en la India y el archipiélago malayo. Extremadamente tóxico y muy irritativo, se utilizaba como laxante, aunque ahora se considera demasiado peligroso para usos médicos. Los holandeses lo introdujeron en occidente en el siglo XVI.

r  el agujero para la mecha y colocará la pólvora en el granito por debajo del plomo y así pues la nube de humo de polvo que necesariamente llena la galería y se queda en el aire hasta mucho tiempo después, no será humo de plomo con su veneno, sino humo de granito, que es comparativamente inocuo. Sin embargo el español abre el agujero de la mecha y coloca la pólvora en el centro de la veta de plomo, y de ese modo toda la galería se llena de humo de plomo venenoso que sus compañeros y él inhalan durante horas.

A propósito del “saturnismo” debo mencionar un curioso accidente que le ocurrió al perro de un amigo mío, propietario de una gran mina en España. El perro, un magnifico ejemplar de *bull-dog* o mast n español estaba encerrado en el pueblo y echaba muchísimo de menos el aire y el ejercicio. Durante una o dos semanas su dueño lo llevó hasta las minas y cada vez Juan se met a en una balsa de agua totalmente impregnada de plomo y bebía a leng etazos un poco de agua. Pronto comenzó a mostrar signos de enfermedad; sus ojos perdieron el brillo, el pelo se le comenzó a caer. Su dueño, que jamás podía imaginarse la causa del estado de abatimiento del pobre animal, lo llevó con más asiduidad que nunca. Al final el pobre perro sufría terribles calambres y aullaba de dolor, le sobrevino una parálisis y a las pocas horas de su último baño el espíritu del pobre Juan se había ido para siempre.

Este incidente muestra la segunda forma en la que el minero se envenena con el plomo, a saber, a través de los poros de su piel. Con toda probabilidad, sólo la cantidad de agua, sin el baño de plomo, no habría sido suficiente venenoso como para destruir su vida; y así pues, con el minero que transpira muchísimo, las partículas venenosas atacan su cuerpo medio desnudo y son absorbidas a través los poros abiertos de su piel lleg ndole al organismo, provocándole con toda probabilidad un cólico de plomo. Parte de este último peligro podría

ser evitado siempre que se instara a los mineros a lavarse con agua templada y jabón al salir de la mina en unos vestuarios a buena temperatura que estuvieran acondicionados para tal fin. Pero ellos no son en absoluto estrictos a este respecto (el término más suave). Utilizan muy poca agua y el jabón es algo prácticamente desconocido entre ellos para este propósito, aunque, quizás, debido a su poder de mezclarse con las sustancias grasas de la piel haciendo que se desprendan, sea casi tan indispensable para la salud y la limpieza como la propia agua.

Bajo el encabezamiento de enfermedades podemos clasificar los accidentes. El número de accidentes, hasta donde yo se, en una mina, o en parte de una mina, en la que se empleen unos doscientos hombres, sería de aproximadamente unos dos al mes, muchos de ellos, si no todos, se deben a la pura falta de atención o negligencia por parte de los hombres que están empleados. Veamos tres de estos casos:

1.- Un minero, que se ha acostumbrado a ser descuidado, baja la escalera, apenas agarrado con una mano. Ha caído un poco de sebo en una de las raederas de la escalera haciendo que esté resbaladiza; se suelta, pierde el equilibrio, y se cae unas cuantas yardas hasta el siguiente descanso, rompiéndose un brazo, una pierna o las costillas.

2.- Por otro lado, un minero sabe que trabaja en un entorno peligroso, por ejemplo, utilizando la fraseología minera, en un lugar donde los trozos de piedra caen desde una altura, digamos de unas sesenta yardas. Sin embargo, trabaja sin otra protección que su gorra de lino y de esto yo he sido testigo: cae un cascote, le golpea la cabeza y lo tienen que sacar sin sentido.

3.- Dos o tres mineros están buscando una veta en una galería cuyo techo está formado por árboles y planchas de madera firmemente apuntaladas, capaces, de soportar unas quinientas toneladas de granito a cuatro pies por encima de la cabeza de los trabajadores.

Perfectamente conocedores del peligro que implica un desprendimiento que, sin lugar a dudas, haría “que el pozo cerrase su boca sobre ellos” y quizás, los dejara con una enorme barrera de granito entre ellos y la salida de la mina; sabiendo también que la sacudida, la vibración que una explosión necesariamente le da a todo lo que tiene cerca (yo he visto temblar la desnuda roca, apagarse los candiles, o comenzar a arder con la llama azul, zarandearse los hombres que había a mi lado como si fuesen álamos temblones) los mineros, por pura comodidad, deciden volar justo debajo de los puntales y los tablones. Si la explosión da como resultado un derrumbamiento puede que todos ellos mueran.

En lo que respecta a las muertes por accidente, estas no suelen ocurrir. En una mina que visité hace poco tiempo en la que había empleados unos doscientos hombres, el capataz me dijo que en los dos últimos años sólo habían ocurrido dos o tres.

Dicho sea en honor y para que se enorgullezca el Gobierno español, debo apuntar aquí que su supervisión de las minas no tiene parangón, en especial de aquellas que son propiedad de extranjeros, el estricto e inquebrantable examen riguroso que hacen y la investigación que llevan a cabo en lo que respecta a las causas de cualquier accidente que pueda ocurrir. El capataz tiene la obligación de comunicar inmediatamente a las autoridades civiles del pueblo más cercano, cualquier accidente. Los ingenieros españoles se presentan en el lugar en un periquete. Por regla general ellos declaran que el accidente se debió a algún fallo del trabajo, etc... y le ponen una cuantiosa multa a los propietarios.

Debo hacer constar aquí, que las observaciones que acabo de ofrecer acerca de las enfermedades del minero del plomo en España las he recogido tanto a raíz de la observación personal como por la información que amablemente me han proporcionado dos españo-

les, eminentes cirujanos de mineros, ambos con una gran experiencia entre los mineros españoles, hombres que han visto y que se han compadecido de los mineros en todo tipo de accidentes y enfermedades; que los han visto y atendido en la oscuridad de la mina, cuando se han venido abajo a causa de alguna terrible desventura o cuando, arrojado bajo su manta, en la fase terminal de la calentura, vuelve su rostro hacia la pared obstinadamente y en silencio, y si no con resignación cristiana, si rindiéndose a su destino.